

cuales habia de hablar al cardenal de Fleury. En ellos espresaba: «Que las voces que corrian en Francia de que los monarcas españoles no querian oír proposicion alguna encaminada á su reconciliacion con el rey su sobrino, carecian de fundamento, antes estaban prontos á renovar la buena inteligencia que entre ellos habia mediado hasta el regreso de la infanta.» A lo cual seguía una escitacion al rey Luis para que prefiriera la alianza con el Imperio y la España á la de las potencias protestantes. Cuidóse tambien de dar al viaje de Montgon visos de un desaire á instancias del ministro imperial.

Muy lejos estuvo el abate, dice un historiador extranjero, de conducirse con la reserva y circunspeccion que tan delicada comision exigia y que le habia sido tan recomendada. Al contrario, hízolo todo al revés de lo que se le prevenía en las instrucciones. Desde la primera conferencia que tuvo con Fleury penetró este sagaz ministro todo el plan de su secreta mi-

nas cartas sobre esto á los diferentes órdenes del Estado, así eclesiásticos como seculares...

11. Si es necesario nombrar un consejo de gabinete, ó cualquier otro, ó un regente durante mi ausencia, me avisaréis, designando las personas que tuviéreis por mas á propósito para ello: así como tambien si la reina, sobreviviendo al rey, necesita custodios que cuiden de su preñado y de lo que pudiere acaecer.

12. Luego que veáis al rey mi sobrino acometido de algun sinto-

ma peligroso, me despacharéis un correo, y si llegase á morir, otro con esta noticia....

13 y 14. En estos dos artículos le advertía cómo habia de seguir la correspondencia, y le prevenia que la guardara, así como esta instruccion, de modo que nadie la pudiera jamás encontrar.—Madrid 24 de diciembre de 1726.—Firmado.—Felipe.—Memorias de don José Campo-Raso, tom. I. A. 1726.—William Coxe, reinado de la casa de Borbon, cap. 38.

sion, y llegó hasta ver las órdenes que se le habian confiado. Habló de reconciliacion precisamente á Morville, el defensor acérrimo de los intereses y de la alianza de Inglaterra. Agasajaronle mucho, porque así les convenia para saber por él todos los planes de Felipe, y cuando le pareció á Fleury se desprendió diestramente de él. Regresó pues Montgon á España trayendo á los reyes noticias lisonjeras de la fidelidad de sus parciales en Francia, y del espíritu de la nacion francesa, en general favorable á Felipe, lo cual era verdad, y halagó grandemente á ambos soberanos; y con esto y con declamar mucho contra el cardenal de Fleury, creyeron deber recompensar sus misteriosos servicios, sin advertir ni sospechar que habia dejado allá la clave de los misterios (1).

A este tiempo habian comenzado las hostilidades de España contra Inglaterra, y por orden del rey habia sido apresado en Veracruz el navío de la compañía del Sur *Príncipe Federico*, que llevaba un riquísimo cargamento de mercancías, como en represalia del bloqueo que la escuadra inglesa tenia puesto á Porto-Bello. El ejército destinado á la conquista de Gibraltar se hallaba reunido en Andalucía en número de veinte y cinco mil hombres. En esta situacion el rey Jorge de Inglaterra convocó las cámaras, y espu-

(1) Comunicaciones y memorias de Walpole.—Sin embargo el continuador español del marqués

de San Felipe dice todo lo contrario, como veremos luego.

so en ellas el estado de la nacion, los designios de las córtes de Madrid y Viena, y la necesidad de concurrir unánimemente á la defensa del reino (28 de enero, 1727). No faltaron, especialmente en la cámara de los lores, discursos de miembros muy autorizados contra la conducta del gobierno, como no faltaban en el pueblo escritos de oposicion á la marcha del ministerio. Uno de los lores concluyó el suyo diciendo. «*Si en la guerra que queremos emprender somos superiores, ¿qué vamos á ganar? nada. Y si somos vencidos, ¿qué aventuramos? todo.*» Verdad es que estos discursos no quedaron sin contestacion, y que el gobierno alcanzó gran mayoría, si bien diez y ocho individuos firmaron una protesta contra la votacion hecha á favor de la córte. Otorgó pues el parlamento abundantes subsidios de hombres y dinero al rey. La nacion en general, y especialmente la ciudad de Lóndres, hicieron espontáneamente sacrificios extraordinarios, y el rey dió un banquete á la municipalidad en que se gastaron mil quinientas libras esterlinas ⁽¹⁾. Enviáronse á Gibraltar naves con regimientos y abundancia de vituallas, y se tomaron medidas para defender las costas de una invasion. Se despidió bruscamente al embajador del Imperio conde de Palus. Holanda,

(1) «La alegría de los convidados, añade un escritor de aquel tiempo, celebrando esta fiesta, fué tan completa que se agotaron mil y doscientas botellas de vino, y se tiraron al aire hasta cincuen-

ta docenas de vasos.»—En las historias de Inglaterra se dan curiosos pormenores acerca de las disensiones y de los acuerdos de las cámaras.

Suecia y Dinamarca ratificaron su adhesion al tratado de Hannover; se formó un ejército francés en la frontera de Alemania, y la muerte de Catalina I. de Rusia privó al Imperio y á España de un apoyo poderoso en el Norte de Europa. Mas no obstante el emperador tomó medidas para la seguridad de los Países Bajos, y destinó dos ejércitos, uno al Rhin y otro á Italia, mandados, el primero por el príncipe Eugenio, el segundo por el conde Guido de Staremberg, figurando en las listas de las tropas imperiales hasta doscientos mil hombres entre infantería, caballería y demas armas. Prusia andaba todavía vacilante, si bien algunos príncipes alemanes ofrecieron sus contingentes al imperio.

Entretanto las tropas españolas en número de veinte y nueve batallones, que compondrian unos doce mil hombres, se aproximaron á la plaza de Gibraltar, y acamparon á su vista (30 de enero 1727). Comenzaron luego las operaciones de sitio, y el 22 de febrero se abrió la primera brecha, con cuyo motivo mediaron algunas contestaciones entre el gobernador Clayton y el general español conde de las Torres. Los navíos ingleses se pusieron fuera del tiro de las baterías españolas: cuatro naves francesas que estaban en la bahía se retiraron. Un cuerpo de dos mil españoles llegó á situarse bajo el cañon de la plaza, mas no pudo sostenerse á causa del fuego de la flota inglesa que se acercó á la playa de Levante. Las baterías de

una y otra parte continuaron los días siguientes disparando con igual empeño y ardor, hasta que el 5 de marzo las españolas lograron apagar los fuegos de siete piezas que los enemigos tenían en el fuerte de la reina Ana. Con la noticia que llegó á Madrid de estos sucesos el caballero Stanhope pidió sus pasaportes, y el marqués de la Paz se los expidió (11 de marzo), partiendo en consecuencia aquel embajador con toda su familia por Bayona y París.

Proseguía con empeño el sitio de Gibraltar, á pesar de las lluvias y los vientos que solían deshacer algunas obras. Entre las diferentes baterías de los españoles las había de veinte piezas. Grande era también el fuego que se hacía de la plaza, y tan frecuente que esto mismo fué causa de que se les inutilizaran á los enemigos porción de cañones por no lavarlos. Las noticias que á este tiempo se recibían de la escuadra inglesa de las Indias tampoco eran favorables á aquella nación. Las enfermedades iban menguando considerablemente la tripulación: la *espuma*, especie de carcoma que abunda en aquellos mares, destruía de tal manera las embarcaciones, que el almirante avisó que no podía permanecer en aquellas aguas, y que necesitaba volver á Inglaterra para carenar los leños. Al fin la flota se retiró á la Jamaica, y para mayor infortunio suyo murió el almirante Hossier, cabiendo la misma suerte á dos comandantes que le sucedieron. Con esto la armada española tomó la vuelta

de España, y aunque la dispersó una borrasca terrible, arribaron á Cádiz los generales don Antonio Castañeta y don Antonio Serrano con dos navíos de sesenta cañones cada uno, en que venía la mitad del tesoro que había estado allá detenido. A los pocos días entró también en el puerto de la Coruña el otro gefe de escuadra don Rodrigo de Torres con cinco navíos de guerra y tres mercantes, trayendo la otra mitad del tesoro. El cargamento todo de esta flotilla se valuaba en diez y ocho millones, quince en oro y plata y tres en mercaderías. Celebró el rey don Felipe este feliz suceso con una fiesta religiosa en el templo de Atocha, en que se cantó el Te Deum. Recompensó á Castañeta haciéndole merced de una pensión de dos mil quinientos ducados anuales, y á Serrano promovándole á teniente general de marina. En la corte de Londres causó gran pesadumbre, y el pueblo se llenó de confusión y de recelos ⁽¹⁾. Recibióse también á este tiempo otra buena nueva, la de haber levantado definitivamente los moros el sitio de Ceuta, después de veinte y cuatro años de hostilidades contra aquella plaza ⁽²⁾.

En medio de la alegría de estas prosperidades veíase que el sitio de Gibraltar, lejos de dar un pronto resultado, como el conde de las Torres tantas

(1) Belando, Historia civil, muerte del rey de Mequinez Muley Ismael, y las disensiones suscitadas entre los muchos hijos que dejó.

(2) Motivó esta resolución la

veces habia prometido, estaba ocasionando padecimientos y bajas en el ejército por temporales y enfermedades, y presentaba síntomas de ser tan desgraciado y tan inútil como el de 1705, especialmente despues de haber logrado penetrar en la plaza fuertes socorros de Inglaterra. Quejábanse ya los generales al ministro de la Guerra, marqués de Castelar, del estado infeliz en que se hallaban las tropas, y de la obcecacion del conde de las Torres en persistir en una empresa que no habia de dar otro fruto que sacrificios inútiles, como entonces los gefes se habian quejado de la temeridad del marqués de Villadarias. Pero ahora el de las Torres, como entonces el de Villadarias, no cesaba de dar al rey lisonjeras seguridades de un pronto triunfo y de un feliz éxito. Entre otros quiméricos proyectos que concibió aquel general fué uno el de minar el famoso peñon para hacerle saltar y que sepultára la poblacion bajo sus ruinas, «último recurso, dice un escritor español de aquel tiempo, de la imaginacion guerrera del conde de las Torres, y que no sirvió sino para renovarnos la memoria de la Caverna de Montesinos.» Asi es que los ingleses, conocedores de lo absurdo de semejante desigmo, dejaban trabajar en la mina sin inquietarse por ello.

La guerra comenzada entre Inglaterra y España con el sitio de Gibraltar amenazaba estenderse á toda Europa, y envolver á todas las potencias, compro-

metidas unas por la alianza de Viena, otras por la de Hannover. En el Norte, en el Centro y en el Mediodía se habian hecho aprestos bélicos imponentes; y sin embargo, en el fondo los príncipes y estados que no tenian un interés directo en las pretensiones del emperador y del rey de España temian una guerra que podia producir una general devastacion y deseaban la paz. Ya hemos indicado con cuánto interés habian trabajado por evitar la guerra los legados de Su Santidad en las córtes de Viena, de París y de Madrid. Lo que importaba á la Holanda era la abolicion de la Compañía de Ostende por perjudicial á su comercio, pero ni ella ni otras potencias favorecian con mucho gusto una guerra contra la casa de Austria que pudiera destruir el equilibrio europeo, y entre los hombres de estado de la misma Inglaterra predominaba este pensamiento del equilibrio de Europa; tanto que al diplomático Horacio Walpole por su apego á esta idea le daban el apodo de *el Doctor Equilibrio*⁽¹⁾. Al fin el rey de Francia, ó mas bien su primer ministro el cardenal de Fleury, que deseaba mantenerse en el puesto que ocupaba, se decidió á ofrecer su mediacion al emperador, y el duque de Richelieu, embajador de Francia en Viena, hizo las primeras indicaciones, que fueron acogidas aun mejor de lo que se esperaba; y es que Cárlos VI. veia ya con disgusto

(1) Historia de Inglaterra: Reinado de Jorge I.

los compromisos en que le envolvía el empeño en sostener la Compañía de Ostende, y la ninguna esperanza de vencer en este punto la inflexibilidad de las potencias marítimas. Una vez iniciadas las conferencias, tratóse ya el punto con los embajadores de las demás naciones, y después de presentarse varios proyectos, y después de las impugnaciones, de los debates y de las modificaciones que son casi indispensables en tales casos, conviniéronse al fin ciertos artículos preliminares que el emperador aceptó (21 de mayo, 1727), y que llevados á París fueron firmados á los pocos días (31 de mayo), acordándose celebrar para el tratado definitivo un Congreso, para el cual se señaló primeramente la ciudad de Aquisgran, después la de Cambray, y por último la de Soissons.

Estos preliminares, que firmaron el baron de Fonseca, el conde Morville, Horacio Walpole y Guillermo Borrel, ministros de Austria, Francia, Inglaterra y Holanda, contenían por principales bases, que cesarian inmediatamente las hostilidades, que se suspendería por siete años la Compañía de Ostende, y que el Congreso de la paz se reuniría en el término de cuatro meses⁽¹⁾. Hubo alguna dificultad en la corte de Madrid, donde sorprendió la noticia de este suceso. Celebráronse algunas reuniones de embajadores y ministros, pero al fin el rey, que se hallaba en aquellos

(1) Eran doce artículos: Belando Civil inserta el texto latino. do en la parte IV. de su Historia

días enfermo, cedió en obsequio de la paz, y dió su aprobacion á los preliminares (19 de junio), pasando inmediatamente las órdenes oportunas á Gibraltar para que se suspendiesen las hostilidades, como así se ejecutó por medio de un convenio entre el gobernador de la plaza y el conde de las Torres. De esta manera concluyó el segundo sitio de Gibraltar, tan ruidoso y casi tan funesto como el primero, pues al cabo de cerca de cinco meses la tropa padeció en extremo, la artillería quedó inservible, y el conde de las Torres no dió mas ventajoso resultado de su imprudente empresa que el que había dado en otro tiempo el marqués de Villadarias⁽¹⁾.

No alcanzó el rey Jorge I. de Inglaterra á disfrutar del resultado de esta negociacion, por la cual recibía muchos plácemes, pues habiendo partido, luego de firmados los preliminares, á sus estados de Alemania, sorprendióle la muerte en Osnabrug (22 de junio, 1727), en la misma morada, dicen, en que había nacido en 1660. A los cuatro días de su fallecimiento fué proclamado en Lóndres rey de la Gran Bretaña su hijo con el nombre de Jorge II.

La circunstancia de haber dado felizmente á luz la reina de España otro infante (25 de julio, 1727), á quien se puso por nombre Luis, pareció buena ocasion al rey de Francia, cuya salud se iba mejoran-

(1) Belando, Historia Civil, Memorias militares y políticas, ad p. IV., c. 81 á 83.—Campo-Raso, ann.

do y robusteciendo visiblemente contra todos los cálculos, para dirigir una carta de parabien al rey de España su tío. Recibió y leyó Felipe con particular complacencia esta carta, y declaró públicamente quedar hecha la reconciliación. En su virtud, y no siendo ya necesaria la presencia del abad de Montgon en París, fué otra vez llamado á España, donde vino al cabo de algun tiempo, quedando muy satisfechos los reyes, dice un escritor español contemporáneo, de la habilidad con que supo manejarse en la delicada comisión que le habian confiado, y tan agradecidos que le hubieran, añade, elevado al ministerio á no haberse opuesto á ello decididamente sus émulos y enemigos en España, y en union con ellos el cardenal de Fleury, que conocia y temia su sagacidad y talento ⁽¹⁾.

(1) Este juicio del autor de las Memorias Políticas y Militares para servir de continuación á los Comentarios del marqués de San Felipe, acerca del desempeño y conducta del abad de Montgon en la comisión que llevó á Francia, está, como el lector habrá observado, en abierta contradicción con lo que de él nos ha dicho antes el historiador inglés del reinado de los Borbones en España, que nos le ha representado ligero, crédulo, indiscreto y torpe en el desempeño de su cometido. ¿Cuál de ellos le habrá juzgado con más acierto y verdad? El inglés Coxe se conoce haber fundado su juicio sobre las Memorias de Walpole, embajador de su nación en París, cuya influencia y cuyos planes pre-

cisamente iba encargado de combatir el abate francés, y por lo mismo no es maravilla tratara sin indulgencia á quien llevaba el plan de separar la Francia de la amistad de Inglaterra, y de reconciliar al monarca francés con el español, como al fin se consiguió. El español Campo-Raso no tenia estos motivos de prevención contra el negociador eclesiástico, y por otra parte acredita estar muy á fondo informado de la marcha de todos los negocios y accidentes políticos de su tiempo.

Lo cierto fué que el abad de Montgon tuvo muchos enemigos en Francia y en España, los cuales lograron entibiar la estimación en que el rey le tenia, hasta que consiguieron alejarle de Madrid. En-

Faltaba solo vencer los reparos y dificultades que ponía el monarca español para la ratificación de los preliminares, que hasta entonces no habia hecho sino aceptar, y era lo que retardaba la conclusión de la paz que ya todos apetecian. A este fin vinieron á Madrid los embajadores de Inglaterra y de Francia, Keene y Rotembourg, que con los de Holanda y el Imperio, Wander-Meer y Koningseg, celebraron varias conferencias con el marqués de la Paz. Mostrábase fuerte la corte de España, y la principal repugnancia del rey don Felipe consistía en lo de restituir las presas hechas por la flotilla española de las Indias, y principalmente en la del famoso navío inglés *Príncipe Federico* cogido en Vera-Cruz, al menos mientras los ingleses no evacuáran la isla de la Providencia, y no demolieran las fortalezas construidas en la costa de la Florida, y todo lo existente en las partes del Nuevo Mundo, donde ni Inglaterra ni otra nación alguna podia introducirse. Sin embargo estas dificultades se hubieran zanjado mas pronto sin las condescendencias del embajador de Francia, que parecia haberse propuesto contemporizar con todos y entretener la negociación, dando motivo á sospechar que tenia un interés personal en prolongar su embajada; pero apreta-

tonces se fué á Portugal, con motivo de las relaciones que tenia con el infante don Manuel. Allí estuvo dos ó tres meses, hasta que sus émulos le obligaron también á retirarse de aquel reino. Volvióse

á Francia su patria, donde no le fué mas propicia la fortuna, pues molestado y perseguido por el cardenal de Fleury, se vió al fin obligado á refugiarse en Roma.

do por los de las demas potencias, y por el mismo cardenal Fleury á quien se dirigian las quejas y reclamaciones, convínose en que el conde de Rottembourg escribiría un papel al marqués de la Paz que contendría la manera de llegar al término de este negocio, y que el ministro español le respondería en otro espresando la voluntad de su soberano.

Así se verificó: y el marqués de la Paz, en nota de 3 de diciembre (1727), ofreció en nombre del rey Católico: 1.º retirar sin dilacion y enviar á cuarteles las tropas de Gibraltar, quedando las cosas conforme al tratado de Utrecht: 2.º dar orden para que se entregara á la compañía del Sur el navío Príncipe Federico, y dejar á los ingleses el libre comercio de las Indias, con arreglo al tratado del Asiento, y á los artículos 2.º y 3.º de los Preliminares: 3.º hacer entregar inmediatamente á los interesados los efectos de la flotilla, como en tiempo de plena paz.

Todavía no satisfizo esta respuesta á los embajadores de Inglaterra y de Holanda, y muy especialmente al primero, por alguna diferencia que habia entre una cláusula de las proposiciones del marqués de la Paz y las presentadas á nombre de S. M. B. Con tal motivo envió Keene un correo extraordinario á Londres; Wander-Meer significó que haria lo mismo á los Estados Generales. Hubo pues nuevas quejas de unas á otras potencias, y nuevas pláticas entre los embajadores que residian en Madrid. Inglaterra au-

mentaba sus armamentos navales; despachóse á las Indias al contra-almirante Hopson, y el almirante Wager cruzaba la costa de España. Jorge II. de Inglaterra interesaba á Luis XV. á que hiciera que el monarca español pusiera el ultimatum á los preliminares. Felipe V. continuaba enfermo é hipocondriaco, y la reina era la que lo hacia y despachaba todo con el marqués de la Paz. A ellos se dirigió el embajador francés conde de Rottembourg, y en vista de sus reflexiones, y temiendo la reina y el marqués de la Paz las consecuencias de entorpecer por mas tiempo la conclusion de un negocio en que tantas potencias estaban interesadas, condescendieron en que se hiciera una nueva convencion, y se firmó en el Pardo (6 de marzo, 1728) el acta de la ratificacion definitiva de los preliminares ⁽¹⁾, que suscribieron los ministros de

(1) El acta del Pardo contenia los siguientes artículos:

4.º Se levantará inmediatamente el bloqueo de Gibraltar: las tropas volverán á sus cuarteles; se retirará la artillería: se demolerán las trincheras y demas obras de sitio: volverá todo por ambas partes al estado prescrito por el tratado de Utrecht.

2.º Se enviarán sin dilacion órdenes claras y terminantes para entregar el navío *Príncipe Federico* y su carga á los agentes de la Compañía del Sur, que le enviarán á Europa cuando lo juzguen oportuno: los ingleses seguirán disfrutando el libre comercio de las Indias Occidentales, conforme al tratado del Asiento, confirmado

por los artículos 2.º y 3.º de los Preliminares.

3.º Se restituirá inmediatamente á los interesados los efectos de la flota, y asimismo los de los galeones, cuando hayan regresado á Europa, como en tiempo libre y de paz, conforme al artículo 5.º de los Preliminares.

4.º S. M. C. se obliga, del mismo modo que lo ha hecho S. M. B., á observar cuanto se arregle y establezca (por lo concerniente á las presas hechas de la una á la otra corona, así como respecto al navío *Príncipe Federico*) en el futuro congreso.—Siguen las firmas, que se pusieron en los dias 4, 5 y 6 de marzo.

España, Austria, Francia, Inglaterra y Holanda, quedando todo lo demás para arreglarse en el futuro congreso. Las tropas se retiraron de Gibraltar; aquietáronse las naciones, y esperábase todo de lo que se estipulára solemnemente en la asamblea de Soissons ⁽¹⁾.

(1) Belando, Historia civil, P. IV. c. 81 á 84.—Campo-Raso, Memorias políticas y militares, A. 1726, 1727.—Cartas de Rottembourg á Chauvelin.—De Keene á Newcastle.—Papeles de Walpole.—William Coxe, en los capítulos 38 y 39 de su España bajo los Borbones, copia, como de costum-

bre, varias cartas de los embajadores, en que se dan noticias minuciosas de las entrevistas y conversaciones que tuvieron con la reina, con el de la Paz, y ellos entre sí. Son curiosas, por la parte característica de estos personajes que ayudan á conocer.

CAPITULO XVIII.

TRATADO DE SEVILLA.

EL INFANTE DON CARLOS EN ITALIA.

De 1728 á 1732.

Congreso de Soissons.—Plenipotenciarios que asistieron.—Pretensiones de España desatendidas.—Proposición del cardenal Fleury.—Languidez y esterilidad de las sesiones y conferencias.—Disuélvese sin resolver definitivamente ninguna cuestión.—Intenta Felipe V. hacer segunda abdicación de la corona.—Cómo se frustró su designio.—Melancolía y enfermedad del rey.—Influjo y poder de la reina.—Dobles matrimonios de príncipes y princesas de España y Portugal.—Viage de los reyes á Extremadura y Andalucía.—Planes y proyectos de la reina: nuevas negociaciones.—Célebre tratado de Sevilla entre Inglaterra, Francia y España.—Artículo concerniente al envío de tropas españolas á Italia.—Quejas del emperador.—Armamentos navales en Barcelona.—Inacción de las potencias signatarias del tratado de Sevilla.—Esfuerzos de la reina Isabel.—El cardenal Fleury.—Ultimatum al emperador.—Respuestas y notas.—Impaciencia de los monarcas españoles.—Ocupación de Italia por ochenta mil imperiales.—Situación alarmante de Europa.—Mediación del rey de Inglaterra.—La acepta la reina Isabel.—Tratado de Viena entre el emperador y el rey de la Gran Bretaña.—Declaración de los reyes de España é Inglaterra.—Se concierta la ida de tropas españolas y del infante don Carlos á Parma.—Convenio con el gran duque de Toscana.—Espedición de la escuadra anglo-española.—Viage de don Carlos á Toscana y Parma.—Toma posesión de aquellos ducados.—Protasta del pontífice.

Por consecuencia de lo estipulado en los preliminares de la paz firmada por los representantes de las